

Islamabad, 29 de Octubre de 2001

VIAJE A SIND

Acabamos de volver de Sind a la civilización, que curiosamente, estos días, equivale a guerra, terrorismo, bombardeos y violencia contra naciones machacadas. En alguna aldea de Sind pudimos oír en la radio común, conectada a la batería de un coche, noticias del mundo, pero parecían incumbir a otro planeta.

Hemos estado en la parte más pobre y olvidada del Sind, zona Sur de Paquistán, que los portugueses bautizaron, modificando la palabra indígena, con un nombre digno de saudade: "reino de Dulcinda". Esta claro que no se adentraron lejos de la costa, por el inhóspito desierto de Khirtar, donde pese a la aridez, hay numerosos asentamientos humanos, minúsculos de tres o cuatro chozas de tres paredes. Aparte queda la Otak, casa club de los hombres. Las mujeres van lejos a por agua, perdiéndose en el horizonte, con pellejos de cabra, o inverosímiles torres de orzas, más altas que ellas, sobre la cabeza. Estos colonos provienen casi todos de Baluchistán (suroeste de Paquistán, lindando con Irán), donde las condiciones de vida son todavía más adversas. Estos baluchis quizá vengán atraídos por leyendas de riqueza de un próspero pasado, como parecen atestiguar misteriosas necrópolis en pleno desierto, cuya elaboración estética sugiere una civilización bastante sofisticada, y, por los bajorrelieves, me pareció que de talante guerrero.

Aquí los emigrantes tienen que pagar tributo al señor feudal de la comarca, tan omnipotente que los policías locales no tienen derecho a llevar uniforme en su presencia, pues esto sería considerado como un reto a su autoridad. Sólo llevan uniforme cuando no tienen otra ropa (los sueldos son minúsculos) y entonces el señor les regala ropa decente: un shalwar kamiz como todo el mundo en Pakistán, y un gorrito bordado con espejitos, como todo el mundo en Sind. Esta es la única provincia donde todavía hay esclavos; también hay servidumbre por gleba, como en la zona patana de la frontera del noroeste.

Yo pude penetrar en la zona de las mujeres, lejos de la (de los hombres) y verlas cocinar y lavar los platos con arena, envueltas en sus maravillosos trajes, cubiertas de joyas y sin zapatos. Lo que más me impresionó fue ver como debajo del "aparador" de paja y palos, que sostenía los pellejos de agua, había florecido espontáneamente, en la tierra reseca, medio metro cuadrado de hierbitas con capullos rojos -único "dulzor" que ví en Dulcinda- fruto del goteo del agua escanciada. La anciana que nos invitó a té, vertió los restos del convite sobre el parterre, regando así con economía y con amor, su jardín, su tesoro.

Uno de los nativos armados que nos acompañaron durante el viaje, para defendernos de

fieras y bandoleros, cuando nos íbamos, se acercó a mí, sin palabras, tendiéndome un papelito, cuidadosamente escrito, doblado en cuatro. Lo guardé. Ahora en Islamabad me entero, de que el papel, firmado por cuatro aldeas, me pedía, a mí, un camino.